

# La comunidad educativa y las nuevas demandas sociales en la educación

Salvador Bangueses  
Presidente de FIES

La idea de la F.E. CC.OO. de abrir en el ámbito de su Escuela de Verano, un debate sobre el papel de la Comunidad Educativa y las nuevas demandas sociales en la educación, merece no sólo el aplauso sino también el apoyo más explícito, dado que, a mi modo de ver, profundizar en la clarificación de las relaciones en el seno de aquélla constituye una pieza básica de la escuela democrática, es decir, universal.

Ello debería servir para evitar que se cargue a la Escuela con todas las responsabilidades que se derivan de una profunda y acelerada transformación de la sociedad actual y para procurar un primer plano a la tarea de enseñar y educar. Tarea ésta que tiene como objetivo, ni más ni menos, que contribuir a inventar juntos el futuro.

A mi manera de ver, la profundización en las relaciones entre los distintos componentes de la Comunidad Educativa, debe abordarse de forma natural y sin descalificaciones apriorísticas para aquellas opiniones no coincidentes. Sólo así, pienso yo, se podrá alcanzar una *relación* que haga posible una real participación frente al sucedáneo de la misma a la que conduce su inevitable aceptación o tolerancia.

## Una frontera conveniente

Una manera de iniciar esta discusión es planteándose si cabe algún tipo de frontera entre la sociedad civil y la Escuela. A este respecto diría que, si creemos y queremos que la Escuela pueda desempeñar un papel a la hora de preservar en los jóvenes la idea sobre la capacidad que tendrán de *transformar el mundo*, la existencia de algún tipo de frontera puede ser aconsejable como manera de evitar una reproducción mimética de lo existente. Dicha frontera no debe ser concebida para erigir la escuela en un santuario inaccesible sino para posibilitar, en la medida en que ha de escolarizar y educar a todos, un funcionamiento con valores específicos que no son ni económicos ni afectivos.

A la escuela no se va a producir ni para que nos quieran. Se va para aprender y para aprender a vivir juntos.

Ese funcionamiento con valores específicos hace que, en ocasiones, haya que ir un poco contracorriente. Y así, hoy, resulta altamente necesario incidir sobre lo escrito y lo simbólico como elemento compensador de la invasión de sonidos e imágenes. Y en el momento en que las nuevas tecnologías seducen tanto y su introducción en la escuela resulta necesaria, es más oportuno que nunca que aquélla recuerde que no son nada sin la inteligencia del ser humano que habrá de aprender a decidir, libre y lúcidamente, sobre cómo y para qué usarlas.

En resumen, sin ignorar su entorno y ayudando a los alumnos a comprenderlo, esta frontera debe servir para afirmar a la Escuela en su papel cultivando sus valores específicos y que yo resumiría en:

- 1) Crear y estimular el deseo de aprender.
- 2) Aportar conocimientos.
- 3) Educar y formar ciudadanos en la aspiración de una vida mejor para todos.

## La familia

¿Y entre la Escuela y la familia? Desde mi punto de vista, una vez más, existe una fortísima razón para que dicha frontera exista. A este respecto es necesario reafirmar que la escuela es un lugar donde los niños aprenden, en relación con los otros, que no todo está regido por la autoridad familiar. Y en este sentido, la Escuela está también para que el niño tome conciencia poco a poco de un cierto poder propio en relación con sus padres. De esta forma la Escuela cumple con el factor de *alejamiento* que todas las sociedades, a través de los distintos ritos, han venido practicando. Y fomentando ese desprendimiento de las relaciones afectivas hace que el niño tome una cierta distancia frente a su entorno y crea así una condición indispensable para el estudio y el desarrollo intelectual. Si todo cuanto el niño aprende lo interpretara en relación con sus padres, nunca sería libre para usar sus conocimientos y desarrollar su autonomía. Es pues esa frontera, al permitirle tomar distancia, la que permite que la Escuela ayude al niño a ampliar su horizonte y a descubrir otras maneras de ver y otros valores. Ver que por las mismas cosas los padres de unos niños castigan o premian, mientras otros no lo hacen. Y descubrirá así la relatividad de las normas y la existencia de reglas para la vida colectiva justificadas por el interés general y con usos diferentes según las distintas comunidades.

De acuerdo, pues, con una idea de escuela que preserva sus valores específicos cabe preguntarse si las asociaciones de padres desempeñan el papel que, a mi modo de ver, deberían. La respuesta es que pocas veces lo hacen, pues tienden más a comportarse como organizaciones de defensa de los consumidores, ignorando que su papel no consiste en intervenir en la institución escolar para satisfacer los intereses individuales y puntuales de sus miembros. Su razón de ser consiste en participar en la construcción de la Escuela como una verdadera comunidad escolar. Su intervención en la misma no puede, o no debería, tener como objetivo responder a una mera suma de satisfacciones individuales ya que ello difícilmente dará lugar a algún proyecto colectivo. Más bien implicará una cierta deriva liberal en el sentido de hacer a la escuela prisionera de su clientela más que responsable de una misión social. La intervención que cabe esperar de la participación en la Escuela de los padres, profesores y alumnos, no debe conllevar la confusión del papel de cada quién ni la dilución de las responsabilidades que a cada colectivo le son propias.

A veces cada uno quiere hacer el trabajo del otro y así observamos cómo en muchas ocasiones los profesores se interesan *en exceso* por la vida familiar de los alumnos e incluso juegan al psicoanálisis explicando (entiéndaseme la exageración) que el fracaso de tal alumno en matemáticas se debe a la ausencia del referente paterno.

En otras ocasiones son los padres quienes juegan a pedagogos y dicen conocer mejor que nadie los defectos del método global para el aprendizaje de la lectura y tienen una opinión formada de cómo debería enseñarse a sus hijos la biología o los idiomas.

Evidentemente no será desde estas posiciones desde donde mejor se contribuya a esa real participación aludida al principio. Por el contrario, será desde el respeto y desde la asunción del papel de cada uno desde donde podrá establecerse una colaboración productiva. No desde la estigmatización de la dimisión de los padres de su responsabilidad ni desde las asociaciones que buscan competir con la escuela.

## Y el profesorado

¿Es suficiente la implicación actual del profesorado?. Al respecto cabría decir que no se debe esperar que los enseñantes se sacrifiquen en cuerpo y alma a su misión, en detrimento de su vida personal. Pero sí es necesaria una mayor implicación. De la misma depende la coherencia y la fuerza de la Escuela. La misión de ésta no puede ser cuestión de dos o tres personas. Los verdaderos profesionales no pueden contentarse con impartir una lección y marcharse sin saber verdaderamente si el alumno ha comprendido y puede utilizar lo que ha aprendido. También hay que ocuparse del servicio *post-venta* (permítaseme la expresión) e igual que el arquitecto supervisar el correcto desarrollo de su obra.

Así pues, y para concluir, sólo desde una mayor implicación de las partes y desde una correcta asunción de los diferentes papeles y responsabilidades, lograremos cauces de colaboración que nos ayuden a eso que decíamos al principio de inventar juntos el porvenir, pues para afrontar con éxito las nuevas demandas sociales estamos *condenados* a reinventar cada día un pacto social aceptable. Para ello el único método consiste en negociar, discutir, imaginar y cuestionar de manera laica. Es decir, asumir que lo haremos desde algo muy próximo a la crisis permanente.